

un remordimiento que desgarrar, no como un espejo en el cual se ve á Dios tal como puede verse desde la tierra, y del cual se reciben los resplandores vivificantes de la razon infinita; y así no participa de una manera eficaz y saludable de la verdad divina. Por consiguiente, el cristiano que no se cuida de unirse á Dios por los sentidos, por medio de piadosas prácticas de culto, cesa tarde ó temprano de estar unido de corazon á Dios por la sumision á los divinos preceptos, y cesa, en fin, un dia de estarle unido por la inteligencia con una fe viva y eficaz. Así, pues, ese mal católico, perteneciendo al cuerpo de la Iglesia por la profesion exterior de la fe, está separado de su espíritu, y por tanto, separado tambien del Espíritu de Dios, puesto que no puede participar del Espíritu de Dios más que por su union al espíritu de la Iglesia, que es Jesucristo. Está, pues, en estado permanente de cisma, de separacion con Dios; y si la muerte lo sorprende en este estado, esa separacion real de Dios en que se encuentra será irreparable, eterna.

Así, pues, cuidemos de inmolar á Dios, de someter á Dios, no solamente la inteligencia por la humildad de la fe, sino tambien el corazon por la humildad á la ley evangélica, y los sentidos por la práctica del culto, de la oracion, de los sacramentos y de la penitencia. Así, unidos enteramente á Dios en este mundo por el corazon y por los sentidos, merecerémos estar unidos á Él tambien en los cielos, obtendrémos ese único necesario por que hemos sido creados, y participarémos, con Magdalena, de la ventaja de haber escogido en esta vida esa parte mejor que no puede sernos jamas arrebatada, y que nos hará dichosos en la eternidad: *Optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea.* Así sea.

## VIGÉSIMA NOVENA HOMILÍA.

### LA MUJER QUE PARE,

Ó LOS HOMBRES NACIDOS ESPIRITUALMENTE DE MARÍA  
AL PIÉ DE LA CRUZ.

*Mulier, cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus. Cum autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. (JOAN., XVI.)*

Quando pare la mujer, se entristece, porque ha llegado su hora. Pero luego, cuando ha parido un hijo, olvida sus grandes dolores y se alegra, porque ha venido un hombre al mundo.

Así como Adam, despues del pecado, fué condenado á vivir á costa de un trabajo penoso, tambien Eva fué condenada á parir con dolor (1).

Al ponerse Jesucristo en el lugar de Adan para expiar su falta, aceptó la pena debida al pecado. Y en efecto, su pan, que, como El mismo ha declarado, era hacer la voluntad de su Padre, acabando la obra de nuestra salud (2), este pan tan duro, pero al mismo tiempo tan dulce y tan delicioso para su tierno corazon, quiso el nuevo Adan ganarlo, no sólo con el sudor de su frente (3), sino con un sudor de sangre que brotase de todo su cuerpo (4).

Tambien es cierto que María fué llamada para ocupar el lugar de Eva, á fin, dice San Bernardo, de que los dos sexos concur-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III.)

(2) Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV.)

(3) In sudore vultus tui vesceris pane tuo. (*Gen.*, III.)

(4) Factus est sudor ejus quasi guttæ sanguinis decurrentis in terram. (*Luc.*, XXII.)

riesen á nuestra restauracion, puesto que ambos habian cooperado á nuestra ruina (1); y que, por consiguiente, para cooperar la mujer á la expiacion del pecado de Eva, tuvo tambien que sufrir el castigo de parir con dolor: *In dolere paries.*

¿Pero cuándo y cómo ha podido verificarse esto en María, puesto que Jesucristo, su Hijo, así como fué concebido sin concupiscencia, fué parido sin dolor? ¡Ah!, dice San Juan Damasceno. Los dolores, las penas que María no sufrió en Belen, las sufrió mil veces más terribles en el Calvario al parir al hombre pecador (2). ¡Ay! ¡Alegrías pagadas con usura! ¡Doloroso cambió que se verificó así en la condicion de María! Esto es lo que Jesucristo, segun San Agustin y el venerable Beda, ha querido describir en la parábola de la mujer que, llegada la hora de su misterioso parto, se entristece, y cambia su aficcion en alegría cuando ve que ha venido un hombre al mundo: *Mulier cum parit tristitiam habet!*

Penetremos, pues, en el espíritu de esta parábola, y veamos cuál ha sido el rigor del martirio de María en la Pasion de su Hijo; con qué valor y con qué alegría se asoció al amor del Padre, y cómo, gracias á este amor y á esta Pasion, todos hemos recibido de María un segundo nacimiento, y hemos pasado del mundo terrestre y corporal al mundo espiritual y divino, á fin de que, penetrados de un piadoso reconocimiento por esta divina Madre, seamos los hijos de su amor, como hemos sido los hijos de su dolor.

PRIMER PUNTO. Á primera vista parece extraño que el Señor, en la parábola de la Mujer que pare, hable solamente de la tristeza que experimenta, siendo en semejante caso los dolores del cuerpo más atroces que la tristeza del corazon. ¿Quién es, pues, esa Mujer de una condicion tan diferente de las otras, que en un parto real no sufre nada su cuerpo, y sí su corazon con una profunda tristeza? *Tristitiam habet!* ¡Ah!, dice San Bernardo. Esa mujer misteriosa es María, que, pariendo á los hombres á la vida espiritual, tuvo que soportar en su corazon todas las penas, todos los ultrajes, todos los tormentos, todos los dolores que su

(1) *Congruum fuit ut adesset nostræ reparationi uterque sexus, quorum corruptioni neuter defuisset. (S. Bern.)*

(2) *Quos dolores effugit pariens, illos passionis tempore sustinuit. (S. Joan. Damasc.)*

Hijo bien amado sufrió en su cuerpo (1). Y en efecto, dice este santo doctor, ¿no es una madre más sensible á los dolores de sus hijos que á los suyos propios? (2).

¿Qué busca María en el Calvario? Ve á su Hijo bien amado adelantarse jadeante, agobiado por el enorme peso de su cruz; ve su frente pálida, sus ojos apagados, sus labios lívidos, sus adorables mejillas acardenaladas y llagadas, su sagrada cabeza horriblemente envuelta en una guirnalda de espinas, que se clavan en su frente, atestiguando sus pupilas y sus párpados la barbarie con que se le ha tratado, las crueles roturas que han debido hacer en los más delicados tejidos, y los espasmos atroces que deben ocasionar las espinas que han quedado implantadas en su cráneo; ve, en fin, la sangre que ha vertido y está coagulada en su rostro, de manera que, enteramente desconocido, no queda nada de su arrebatadora belleza, de sus divinas facciones: ¡no es un rostro humano! (3).

¡Espectáculo capaz de desgarrar los corazones más duros! ¡Escena de dolor! Las piadosas mujeres que le siguen no pueden soportar la vista de tanta crueldad, y trastornadas exhalan desgarradores gritos y vierten raudales de lágrimas (4). Y siendo tal la compasion que despierta en los corazones de otras mujeres el estado en que se encuentra el Salvador, ¿qué impresion no produciria en el corazon de la más tierna de las madres?

Empero algo más atroz aún está reservado á su mirada maternal: á su presencia, los verdugos arrancan violentamente á Jesus los vestidos ya pegados á sus llagas, abriéndolas así de nuevo de la manera más cruel. Esta tierna Madre ve, pues, el cuerpo adorable de su divino Hijo no presentando de la cabeza á los piés más que una sola llaga. Ve sus carnes laceradas, desgarrada la piel, rotos los músculos, medio descubiertos los huesos, y brotar la sangre de todas partes. Comprende todo el horror de los estragos hechos por los azotes en una carne tan delicada y tan querida á su corazon; y por una misteriosa correspondencia, Ella experimenta el mismo suplicio. No hay, dice San Buenaventura, más que una diferencia: que en la persona de Jesucristo se ex-

(1) *Quod Christus in corpore, beata Virgo in corde perpessa est. (S. Bern.)*

(2) *Parentes magis torquentur in filiis quam in seipsis. (Ibid.)*

(3) *Vidimus et non erat adspectus. (Is., LIII.)*

(4) *Plangebant et lamentabantur eum. (Luc., XXIII.)*

tienden las llagas por todo su cuerpo, y en María el amor maternal, imitando la crueldad de los verdugos, las ha reproducido y concentrado en su corazón (1).

Hé aquí, entre tanto, llegado el momento en que la divina Víctima, Jesucristo, debe ser puesto sobre el altar de la cruz. Los verdugos lo arrojan brutalmente sobre la cruz, lo insultan, estiran sus miembros con cuerdas, los clavan. La Madre oye el cruel sonido de los martillos y el crujido de los huesos que se rompen. Ve á sus pies los vestidos ensangrentados, y los clavos que á través de los desgarradores músculos abren anchas heridas de donde sale la sangre que corre hasta Ella misma. Ve las palpitaciones de sus miembros sagrados; ve volver la cruz para remachar los clavos, y á su Hijo aplastado bajo aquel peso. Y todos estos dolores y todos esos horrores van, dice San Jerónimo, por una inefable correspondencia de amor, á reproducirse en el corazón de la Madre (2).

¡Oh! No nos detengamos en las apariencias; penetremos en la realidad de las cosas. María, corporalmente está no más que junto á la cruz (3); pero espiritualmente, nos dice San Agustín, está clavada en la cruz (4). Y en efecto, María no se contenta con echar una mirada fugitiva sobre esta sangrienta escena, sino que la contempla inmóvil, la considera en todas sus partes, la penetra con toda la vivacidad de su clara inteligencia, con todo el vigor de su imaginación pura. Se pone en espíritu en lugar de su Hijo; realiza en su pensamiento los atroces sufrimientos que experimenta aquella Humanidad tan preciosa y tan querida; los transporta por medio de la imaginativa á su propia Persona; se los representa, se los pinta tan vivamente en todas las partes de su cuerpo, que en cierta manera los experimenta también, y siente los mismos espasmos que si estuviese sometida á ellos. Así es como Ella misma tiene la cabeza atravesada de espaldas, los pies y las manos de clavos, los miembros dislocados; así es como también experimenta el ardor de la sed que á Él le

(1) Singula vulnera per ejus corpus dispersa, in uno Mariæ corde sunt unita. (S. Bonavent.)

(2) Quot clavi, quot ictus Christi carnem rumpentes, totidem Mariæ animam verberantes. (S. Hieron.)

(3) Stabat juxta crucem Jesu mater ejus. (Joan., XIX.)

(4) Christo crucifixo crucifigebatur et mater. (S. Aug.)

atormenta, la amargura de la hiel que á Él le dan, los ultrajes de los hombres, los rigores de su Padre que lo abandona. Así es como palidece con Él, se lamenta y se turba al acercarse el último momento; y así como participa de su suplicio, participa de su agonía y de su muerte (1).

Si no muere Ella realmente, no es esto un alivio, sino un segundo tormento. ¡Oh! ¡Si una víctima puramente humana pudiese bastar á la Justicia divina, con qué transporte la tierna María hubiera aceptado mil veces la muerte en lugar de su Hijo! Pero no pudiendo morir por Él, se atormenta, aspira al menos á morir en Él; porque, dice San Agustín, la peor de todas las muertes es sentir todos los dolores de la muerte sin poder morir (2).

Santo Tomás, con su precisión teológica, sostiene que los dolores de María en el Calvario fueron más vivos y más intensos que todos los que pueden sufrirse en la vida presente (3). Que si Ella no murió, fué porque la tristeza de esta Madre, en su misterioso parto, es de la misma naturaleza que la de Jesucristo en el jardín, tristeza que, capaz de causar mil veces la muerte, la dejó vivir, por el mismo milagro que sostuvo á su Hijo en su primera agonía (4).

¿Pero cómo y de qué manera este horrible martirio, semejante al de Abraham, todo espiritual é interior, cómo y de qué manera esta profunda tristeza de María es fecunda? ¿Cómo y de qué manera este dolor es el dolor del parto? (5). De la misma manera, según la predicción del Profeta, que la muerte de Jesucristo por el pecado es una muerte vivificante, una muerte que hace nacer á la vida una numerosa descendencia (6).

¡Oh! ¡Cuán grandes y profundos son los misterios del Calvario! Jesucristo en la cruz con los espasmos atroces que allí sufre,

(1) Imo et in cruce cum filio cruciatur. (S. Bern.)

(2) Ibi mors morte durior, ubi vita non tollitur et mortis angustia toleratur. (S. Amed.)

(3) Dolor Virginis fuit maximus inter dolores præsentis vitæ. (S. Thom.)

(4) Non crediderim tantos cruciatus, quin vitam amitteret, potuisse sustinere, nisi ipse spiritus Filii sui eam confortaret. (Ibid.)

(5) Mulier cum parit tristitiam habet. (Joan., XVI.)

(6) Si dederit animam suam pro peccato videbit semen longævum. (Is., LIII.)

con su muerte ignominiosa, va destruyendo al hombre antiguo, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, va borrando con su sangre el decreto que lo condena (1). Y al mismo tiempo reanima á ese hombre, le vivifica, le hace entrar en un nuevo órden de providencia y de gracia, lo incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad, gloriosa con su gloria; lo regenera, completa una reforma, y como una nueva y misteriosa creacion, una nueva vida de la naturaleza humana (2).

Pero obsérvese bien que esta sangre tan pura, que derramada sobre la tierra hace germinar la nueva generacion de los hijos de Dios, esta carne inocente que sin pecado representa todos los pecadores, este nuevo hombre en quien se crucifica al hombre antiguo, destruyéndolo para que renazca á una nueva vida, esa sangre, esa carne, ese cuerpo, pertenecen á María, son la propiedad de María, porque sólo Ella lo ha dado de su propio cuerpo, de su carne, de su sangre, y que es verdaderamente su Madre; y así los misterios cumplidos en ese cuerpo sagrado son comunes á los dos, no solamente porque María sufre en su corazon, por la impetuosidad del amor, todo lo que ve sufrir en su cuerpo á su Jesucristo, sino porque Jesucristo, en tanto que es hombre, es la carne y la sangre de María. La persona del Verbo es todo, en cuanto á la extension del mérito, en el gran sacrificio que ofrece; pero en cuanto al cumplimiento exterior, es tambien el todo la humanidad ofrecida; y como esa humanidad la ha suministrado María, en consecuencia, bien que el fruto de ese sacrificio sea en todo entero debido á Jesucristo que eleva el mérito de él, tambien se debe en parte á María, que ha suministrado la Víctima.

El funesto misterio del pecado puede hacernos comprender mejor el precioso misterio de bondad que lo repara. En el paraíso terrenal, Adan pecó más gravemente que Eva, y como prevaricó en calidad de jefe y padre de la humanidad, su pecado fué el que debió trasmitirse á todos los hombres. Pero ese pecado que todos recibimos de Adan, no lo cometió Adan sino por un

(1) Hoc scientes quia vetus homo noster simul crucifixus est ut destrueretur corpus peccati. (Rom., vi.)

(2) Sed nova creatura. (Galat., vi.) In Christo omnes vivificabuntur. (1. Cor., xv.)

fruto cogido por Eva, ofrecido por Eva, comiéndolo, persuadido por Eva, contra la prohibicion de Dios (1). Hé ahí por qué el pecado de Adan es tambien el pecado de Eva; y por más que Adan sea propiamente quien nos ha dado la muerte (2), esta muerte nos viene tambien de Eva, es decir, por la cooperacion y como por las manos de Eva. Semejante sobre el Calvario, donde el pecado recibe su castigo, se borra, se expia, donde esa muerte se repara, se destruye, allí Jesucristo sufre más que María, y como sufre en calidad de Jefe, de Padre, de nuevo Adan, representante del nuevo linaje que debe nacer de Él, es tambien su propia justicia la que nos ha sido trasmitida por filiacion. Pero esta justicia que recibimos de Jesucristo no la ha obtenido para nosotros sino en una carne que le ha sido suministrada por el libre consentimiento de María, y por eso el sacrificio de Jesucristo es al mismo tiempo el sacrificio de María. Y por más que sea Jesucristo solo quien, propiamente hablando, nos engendra y nos vivifica (3), esta vida espiritual nos viene tambien por la cooperacion de María.

¿Qué hace, pues, María al pié de la cruz? ¡Ah! Lo mismo que participa de los sufrimientos, participa tambien de esta misteriosa generacion de los hijos de Jesucristo. Su mortal tristeza es fecunda, es el dolor del parto (4); porque, dice San Bernardo, en la inmensidad de su dolor, entre las angustias y las agonia de la muerte, nos hace nacer á la vida en Jesucristo y por Jesucristo (5). Y como en este parto misterioso, añade San Bernardino de Sena, es Madre de todos los hombres, debió sufrir en su corazon colectivamente todos los dolores que han experimentado cada una de por sí en sus entrañas las madres que han parido (6).

Así como Adan tuvo una cómplice en el misterio de la iniquidad que nos dió la muerte, Jesucristo tuvo tambien una Compañera en el misterio de gracia que nos ha vivificado. El nuevo

(1) Tulit et dedit viro suo qui et comedit. (Gen., iii.)

(2) In Adam omnes moriuntur. (1. Cor., xv.)

(3) In Christo omnes vivificabuntur. (Ibid.)

(4) Mulier cum parit tristitiam habet.

(5) Erat magno dolore parturiens. (S. Bern.)

(6) Omnium cruciatus in hanc conspiraverunt matrem, quia omnium matrum collective dolores adæquavit. (S. Bern. Sen.)

pueblo, el pueblo santificado, nace directamente de los sufrimientos y del amor del Hijo, pero también, aunque de una manera indirecta, de los sufrimientos y del amor de la Madre; y ese pueblo afortunado encuentra en María una verdadera Madre para renacer á la vida, así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, no solamente nace de la desobediencia y de la sensualidad de Adán, sino también de la desobediencia y de la sensualidad de Eva; y esta raza infortunada tuvo también en Eva una madre, pero una madre que le dió la muerte.

De esto también debemos deducir que la gran palabra pronunciada por Dios contra Eva: «Tú parirás con dolor», fué al mismo tiempo una ley y un misterio, una condenación y una profecía. Desde aquel instante el dolor se hizo una condición indispensable para ser madre, no solamente en el orden de la naturaleza, sino en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, no ménos que el consuelo de tener hijos según la naturaleza, no puede comprarse sino á precio de dolores. La cualidad de madre ha llegado á ser inseparable de la de mártir: «Parirás con dolor.» Así Eva, que no fué madre de los hijos del hombre sino sufriendo dolores agudos, fué la figura profética de María, que sufriendo en su corazón dolores más intensos, fué Madre de los hijos de Dios: *Mulier cum parit tristitiam habet.*

¡Oh tierna, generosa María, milagrosamente fecunda al pie de la cruz! Después de Jesús, debemos á Ella nuestro nuevo nacimiento. Sobre el Calvario, donde su Hijo encuentra la muerte y una tumba, nosotros, los hijos castigados, hemos encontrado la cuna y la vida. Allí donde Él muere, nosotros renacemos; pero no renacemos sólo de Él y por Él, porque Ella nos ha concebido allí y parido dolorosamente, así como Jesucristo nos ha regenerado allí con su sangre. Grande y desgarrador ha sido el dolor de este parto, pero grande también y numeroso es el pueblo que ha nacido; el profeta Isaías había dicho: «¿Todo un pueblo ha sido engendrado al mismo tiempo? Y sin embargo, Sion ha estado encinta y ha parido sus hijos al mismo tiempo!» (1). María es, pues, la Mujer misteriosa del Evangelio, que nos pare, no solamente participando el suplicio de su Hijo, sino uniéndose

(1) Numquid parietur gens simul? Quia parturivit et peperit Sion filios suos. (*Is.*, LVI.)

de corazón á los severos decretos del Padre; por eso, en lugar de quejarse de sus sufrimientos, se regocija, porque piensa que los hombres deberán la vida á sus mortales angustias: *Cum autem pepererit non meminit pressuræ.* Esto es lo que nos queda que explicar.

Es verdad que María tiene por Jesús el más santo, el más puro, el más perfecto amor; porque es su Dios y al mismo tiempo el amor más tierno, más enérgico, más violento, más intenso; porque es su Hijo, su Hijo que Ella sola ha concebido de su sangre más pura. Pero esa impetuosidad del amor de María por un Hijo que es el Hijo de Dios, se encuentra en Ella combatida por otro amor no ménos fuerte y violento por los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan juntos en el corazón de esta tierna Madre, como luchaban en el seno de Rebeca sus dos hijos gemelos (1). Lo que el uno de estos dos amores pide, lo rechaza el otro; lo que busca el uno, lo aborrece el otro. Para satisfacer al uno es menester sacrificar al otro. Los intereses de estos dos amores son tan contrarios como los objetos son diversos.

María no puede desear la salud de los hombres sin querer la muerte de su Hijo. No puede desear que su Hijo viva, sin consentir en la eterna perdición de los hombres. Querer la salud del mundo y la muerte de su Hijo es demasiado dolor; querer que su Hijo viva y que el mundo perezca es demasiada crueldad. ¡Oh guerra! ¡Oh lucha intestina de dos amores rivales en un mismo corazón! *Collidebantur in utero parvuli!*

Pero así como Rebeca, instruida por el oráculo de que, según los deseos de la elección divina, el mayor de sus hijos debía servir al menor (2), dió en su corazón la preferencia á Jacob, el menor de ellos, así también María, sabiendo que según el decreto divino, el Hijo de Dios debía servir de Víctima, de precio para el rescate de los hombres, consintió en que el Hijo de sus entrañas fuese inmolado á los hijos de la adopción. En su corazón contristado, combatido, desgarrado, el amor por la salud del mundo obtuvo la preferencia sobre el deseo de ver vivir á su Hijo, y le hizo soportar con una firmeza admirable y hasta con alegría la muerte, á la cual los hombres deben la vida: *Non meminit pressuræ propter gaudium!*

(1) Collidebantur in utero ejus parvuli. (*Gen.*, XXV.)

(2) Et major serviet minori. (*Gen.*, XXV.)